

RESEÑA

MEDRANO HERRERO. *SAN JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCIÓN, ESCRITOR* (Ciudad Real: Biblioteca de Autores Manchegos, 1994) 239 páginas.

La Diputación de Ciudad Real publica este libro del español puerriqueño Pío Medrano sobre el santo manchego del siglo XVI, Juan Bautista de la Concepción, reformador de la Orden de la Santísima Trinidad.

Durante el Siglo de Oro español, como la crítica ha señalado, proliferó la literatura ascético-mística; se dan las cifras de unas tres mil obras de argumento espiritual escritas en ese tiempo, aunque, si bien es cierto, en las mismas se incluyen escritores menores, pero que se necesitan conocer al momento de valorar la literatura de esa época.

La obra de Juan Bautista de la Concepción nos ofrece un cuadro social y religioso de la España que vivió. Además nos interesa abundar su obra, porque, a fin de cuentas, la literatura es la plasmación de las vivencias personales y vicarias del autor que deja en ellas una particular visión del mundo y, en este caso, resulta un valioso documento religioso del momento. La publicación que se indica es valiosa porque divulga la vida y la obra de una figura prácticamente desconocida, tanto para la literatura como para la iglesia.

Este libro tiene tres capítulos y una extensa bibliografía que suma treinta y dos páginas, lo cual muestra el concienzudo trabajo realizado y hace del mismo obra de consulta obligada para quienes deseen estudiar a este escritor místico. Ilustran la publicación veintidós fotos relacionadas con el texto.

El primer capítulo presenta una breve biografía del santo; de esta forma el lector se familiariza con el escritor, debido precisamente al olvido del mismo. Sería interesante estudiar a qué obedece que hayan mediado cuatro siglos entre su nacimiento y su canonización, sobre todo cuando se trata de una vida de probadas virtudes. En su vida resalta el parentesco con otro gran santo y misionero, Juan de Ávila, y lo que tiene que ser clave en sus escritos, el contacto con la Orden Carmelita, ya que recibió la primera educación de mano de

estos frailes y, además conoció de niño a Santa Teresa de Jesús —la monja andariega que se pasó viajando fundando conventos, como posteriormente haría él— cuando sus padres la hospedaron. Estuvo tan ligado a los Carmelitas que al principio quiso ser uno de ellos, más tarde también pensó hacerlo si no lograba autorización papal para hacer la reforma trinitaria que se proponía. Todos estos son datos de sobresaliente significación en la plasmación de su vida y su obra.

Acertadamente advierte Medrano, los escritos de este santo están en función de la reforma que realiza: “Tienen un arranque intratrinitario, es decir, se relacionan con su misión reformadora”, por eso el segundo capítulo lo dedica a resaltar esta faceta, de esta forma amplía las referencias biográficas ofrecidas y da pie para comprender mejor al escritor. De hecho, creo que en el título de este libro debió incluirse el término “reformador”.

La escritura para él fue una tarea secundaria, ya que la gran pasión de su vida fue la reforma de la orden, en la que estuvo inmerso, y la fundación de conventos. Es una vida de activismo fundacional, lo cual contrasta con su profunda espiritualidad y vida de recogimiento. Llevar a cabo la reforma de una orden era en sí una ingente tarea, muchas veces era más fácil fundar una nueva. El escollo principal para conseguir la reforma no eran las autoridades civiles ni eclesiásticas, sino los propios miembros de la orden, cuya mayoría siempre está reacia, al punto de utilizar la violencia física con el reformador, recordemos, entre otros, el caso de San Juan de la Cruz. Las reformas habidas en las órdenes religiosas buscaban restablecer el espíritu primitivo de sus fundadores, especialmente en lo referente a pobreza y obediencia.

Recordemos que la Orden de la Santísima Trinidad fue fundada por San Juan de Mata en el siglo XII y se caracterizaba por un profundo espíritu de caridad, al punto de ofrendar la vida por los cristianos cautivos de los árabes. La misma desempeñó un importante papel en la vida religiosa y social al correr de los siglos.

Al tener los escritos esta función intratrinitaria reformadora, es obvio que los principales destinatarios de la misma sean los miembros de la orden. Sin embargo, nos interesan en la actualidad, entre otras razones, por la visión ascético-mística, por los planteamientos doctrinales, por el valor literario, por la particular visión del mundo que sustentan y como testimonio psicológico y social de la época.

San Juan Bautista tiene una visión del mundo afín con la del poder temporal y eclesiástico de entonces. Es monárquico, obediente a la Iglesia y respetuoso de los estamentos sociales establecidos,

pero esto no le impide criticar los desvíos morales de clérigos y laicos. Como hombre religioso de su tiempo se nutrió fundamentalmente de las Sagradas Escrituras, que según Pío Medrano constituyen el eje central de sus escritos y espiritualidad, también la patrística, la filosofía y teología escolásticas, la hagiografía y la exegética, entre otras disciplinas. Con este trasfondo doctrinal construyó su edificio espiritual.

Escribe para organizar y consolidar la reforma emprendida y como una manera de enriquecer doctrinalmente a sus hermanos religiosos. Como se indica en el texto: “Se propone fundamentalmente narrar las misericordias de Dios en sus conventos reformados, desenmascarar al demonio y buscar el bien de sus hermanos”. Escribió mucho en poco tiempo, la mayor parte de ello en sus últimos años.

El tercer capítulo es el más extenso, al punto que duplica el número de páginas de los dos anteriores, y constituye el núcleo del libro, ya que en el mismo se valora la contribución literaria de San Juan Bautista de la Concepción. Se ofrece al lector una serie de interesantes datos sobre los escritos de este santo. Por ejemplo, opina Pío Medrano que algunos de sus escritos pueden considerarse entre los antecedentes del ensayo español, de hecho, el propio santo le da diferentes nombres a estos escritos para diferenciarlos del tratado, muy en boga durante ese tiempo, llamándolos: “tratadillos”, “exhortación”, “notable”, “nota”, etc. Los mismos están escritos sin la rigurosidad metódica y conceptualización filosófica de los tratados escolásticos, sino con un estilo “directo y vivencial con frecuentes cortes en la expresión y muchos arranques emotivos para mover los afectos del receptor”. Concluye el autor que este tono espontáneo, familiar, sin formalismos y precisiones de las citas y con un afán de comunicación dinámica le dan la tonalidad del género ensayo.

Como he indicado, este santo manchego escribe sin pretensiones artísticas, un tanto desaliñado, como es común en los místicos, pues redactaba a prisa y sin repasar lo escrito. No es la suya, por lo tanto, una obra pulida, ya que carecía del sosiego para ello y probablemente no tenía interés por hacerlo así. No establece un esquema fijo para desarrollar, ya que la mayoría de sus trabajos no estaban definidos o delimitados desde el principio, pues su preocupación primordial era dejar un documento religioso que sirviera de estímulo a sus hermanos trinitarios.

Existe un contraste notable entre su estilo ascético y el místico. Como reformador deja una obra de espiritualidad profunda en la cual la ascesis es fundamental —ejemplo de esto es el estricto espíritu de

pobreza y ayuno riguroso que seguían los frailes descalzos. Cuando escribe el asceta la palabra fluye a borbotones, según Medrano, escribe sin “trauma expresivo”. Sin embargo, cuando expone sus experiencias místicas, camina a tropezones, ya que no puede traducir lo inefable en lenguaje conceptual; el lenguaje resulta insuficiente para expresar las vivencias que se dispone a describir. Recordemos que esto es un fenómeno experimentado por todos los escritores místicos.

Hasta ahora la obra completa de San Juan Bautista de la Concepción se ha publicado en ocho volúmenes, en una antigua edición del siglo XIX, también se han divulgado parcialmente parte de ellas y aún queda un volumen inédito. Se hace necesario, entonces, revisar el conjunto de la obra y publicar pequeñas ediciones críticas que comprendan determinados escritos. Por ejemplo los cuatro escritos místicos: *La llaga de amor*, *El recogimiento interior*, *El conocimiento sobrenatural extraordinario* y *Dos diálogos entre Dios y un alma afligida*. Hay que separar aquellas obras que sean sobre las fundaciones, sobre ascética, sobre espiritualidad, etc. Ya que como se desprende en el texto del doctor Medrano, cada volumen reúne las más diversas materias.

La Orden de la Santísima Trinidad debería acometer esta empresa, pues se necesita conocer su obra para poder valorarla acudiendo al texto y no a los escolios, también para estudiar, por ejemplo, convergencias y divergencias con los restantes autores místicos, tanto del siglo de oro español como de la mística universal. Son, pues, imprescindibles estas ediciones críticas.

El libro del doctor Medrano enriquece la bibliografía de la literatura mística, ya que divulga en círculos populares y académicos a una figura singular que tiene importancia tanto para la vida religiosa como para la literatura. En la época postconciliar del Vaticano II, en la que se ha pedido la reforma de la vida religiosa a los Institutos de Vida Consagrada, la obra de San Juan Bautista de la Concepción tiene mucho que aportar, de hecho Medrano dice que: “es de los escritores espirituales que menos ha envejecido”. Desde el punto de vista literario representa una particular visión del mundo que interpreta la realidad religiosa y social de la España del siglo XVI.

Roberto Fernández Valledor
Departamento de Estudios Hispánicos
Recinto Universitario de Mayagüez